

los que están del otro lado de las fronteras. De modo que el patriotismo en aquellos países hubo de debilitarse, y esto, que parece una cosa monstruosa, ha sido, todo lo contrario, una gran ventaja; porque mediante ese eclipse parcial del patriotismo ha sido posible echar las bases de la fraternidad continental.

Voy a poner algunos ejemplos prácticos: En Venezuela y en Colombia hubo frecuentes revoluciones en el siglo XIX. Resultado de ellas era que, con muchísima frecuencia, los colombianos que pasaban al otro lado de la frontera, aun sin nacionalizarse allí, tomaban parte en la vida política de Venezuela, y puede señalarse el caso de Diógenes Arrieta, que, saliendo de Colombia, va a vivir a Venezuela, donde andando el tiempo es elegido senador de la República sin sorpresa ni estupefacción de nadie.

Habréis oído hablar indudablemente de Antonio Guzmán Blanco, mandatario venezolano que se hacía llamar ilustre americano de sus contemporáneos. El padre de Guzmán, D. Antonio Leocadio Guzmán, con motivo de las revoluciones de Venezuela, vino a Colombia, y su nombre figuró firmando la Constitución de 1863, una de las Constituciones más liberales que se han dado en América y que, si se hubiese cumplido, habría sido prez y honra del género humano. D. Antonio Leocadio Guzmán, firmando la carta fundamental de Colombia en 1863, no había dejado de ser un ciudadano de la República de Venezuela.

Don Andrés Bello, nacido en Venezuela, hombre de letras y conocido como uno de los primeros filólogos que dió la América del Sur, vino, con motivo de la guerra de la independencia, a dirigir en Londres los negocios de la revolución venezolana. Terminada la guerra de la independencia, fué a vivir a Chile, donde influyó en situación modesta, pero de modo considerable, en las relaciones exteriores de la naciente república. ¿Comprenderían ustedes que el Sr. Poincaré, por ejemplo, estuviera de miembro de la Cámara de los Comunes en Inglaterra? ¿Sería posible que Lloyd George viniera, en una elección popular de Alemania, a figurar entre los diputados del Reichstag?

Estas son cosas que suceden en tierras americanas y sobre las cuales se basa la confraternidad del Continente.

Además, hay que señalar el balance moral de las guerras civiles en Hispanoamérica. Hay tres principios virtualmente incorporados en nuestro derecho público americano que seguramente no formarían parte de nuestra conciencia cívica si hubiéramos vivido en guerras internacionales. Son estos tres principios los formulados en di-

versas épocas por estadistas argentinos: 1º, la victoria no engendra derechos; 2º, no puede emplearse la fuerza para cobrar deudas internacionales; 3º, América no es solamente para los americanos: América es para la Humanidad.

¿Dónde estarían, pregunta el inconforme, esos países de la América Iberoamericana, en vez de haber gastado sus riquezas y sus energías inútilmente en hacer revoluciones, hubiesen dedicado todo su esfuerzo a las labores de la paz? Y yo diría que verdaderamente habríamos adelantado, como dice Vital Aza, una barbaridad.

Pero me permito observar a mi turno: La guerra de los cuatro años ha costado, sin contar la destrucción de las propiedades, simplemente en dinero —no diré en dinero acuñado, porque no habría metal suficiente para acuñar esas cifras, sino en dinero inventado y puesto en forma de papel—; la guerra de los cuatro años ha costado 24.000 millones de libras esterlinas. ¿Podríamos nosotros imaginarnos las cosas que habrían podido hacer los países beligerantes si hubiesen destinado esa suma fabulosa al saneamiento del valle del Amazonas, a hacer cultivos en la Patagonia, a encadenar y distribuir la fuerza eléctrica que puede producirse con la corriente del Tequendama y de toda esa innumerable red de ríos que se precipitan desde los Andes al Océano Atlántico?

Ahora bien; es necesario tener presente que no siempre la paz continúa da mejores resultados que la revolución. A ustedes se les va a figurar que estoy haciendo la apología de la revolución. Es cierto que he sido revolucionario; pero con el andar de los años se cura el hombre de esos achaques. No es mi ánimo hacer la apología de la revolución; pero hay algo que merece la pena de ser estudiado para probar que el hombre blanco, aun en plena paz, hace una obra inferior a la que hace el llamado por el hombre blanco hombre de color.

Desde el siglo XVIII posee Inglaterra en la América del Sur una faja de tierra riquísima, tan asombrosamente fértil y rica, que Sir Walter Raleigh, el favorito de la reina Virgen, perdió su salud, su tranquilidad y acaso su vida por conquistar para la corona de Inglaterra esa privilegiada comarca. Están establecidos allí los ingleses hace tres siglos y viven en completa paz; no se ha permitido el lujo de una sola revolución.

Voy a comparar esa faja de tierra, que se llama la Guayana Inglesa, con la República del Salvador, y me place que esté presente el representante diplomático de aquella República, a cuya memoria y benevolencia me recomiendo en esta coyuntura.

La Guayana inglesa es una extensión de 230.000 kilómetros cuadrados y tiene una población de 350.000 habitantes, un habitante por kilómetro cuadrado. Gasta en las escuelas públicas la Guayana inglesa 70.000 libras esterlinas al año y tiene 35.000 estudiantes. La República del Salvador es una República eminentemente volcánica, y se habla de ella como de una tierra sinceramente revolucionaria. Esta República, en vez de los 230.000 kilómetros cuadrados que tiene la Guayana inglesa, no tiene más que 21.000, en los cuales viven 1.330.000 habitantes, según las cifras de hace cinco años. Comparad esa cifra con la de 350.000 habitantes que tiene la Guayana inglesa y ved si hay diferencia. Además, los habitantes del Salvador han construído 340 kilómetros de ferrocarril mientras que en la Guayana inglesa no hay más que 150. En el Salvador hay 63 habitantes por kilómetro cuadrado, un índice de población casi comparable al de Francia. El Salvador ha vivido en continuas revueltas, según el decir de la historia que se escribe en Europa sobre América del Sur; y, por el contrario, en la Guayana inglesa la paz ha sido inalterable. Sin embargo, ya ven ustedes la comparación entre las dos civilizaciones.

En la América Iberoamericana hay dos clases de revoluciones. Voy a hacer sobre ellas algunas consideraciones, aunque es muy difícil fijar sus causas, porque son distintas según el país y según la parte del mundo a que cada país pertenece. Puede decirse que todas las guerras civiles tienen su origen en una injusticia y que todas las revoluciones artificiales no nacen generalmente en el mismo país donde se desenvuelven, sino que vienen de un país extraño. Las revoluciones artificiales eran harto frecuentes entre nosotros y solían organizarse en New York o en Washington. Claro está que de estas revoluciones nosotros no somos responsables. Hay una ley que se ha formulado últimamente y que no parece estar en contradicción con los hechos. La fórmula es ésta: La frecuencia de las revoluciones sudamericanas está en relación directa con el cubo de la distancia de cada país a los Estados Unidos. Mientras más cerca queda un país de los Estados Unidos mucho más frecuentes son las revoluciones, y el caso de mi país es característico. Colombia fué un país eminentemente turbulento. Tenía un itismo que era codiciado por Inglaterra y por los Estados Unidos, y también por Francia, porque consideraban que por ese itismo algún día se abriría un canal y que ese canal vendría a ser el centro del tráfico del universo, como

(Faza a la página 356).